



Cuerda floja

Lygia Bojunga

Ilustraciones

Alejandro Ortiz

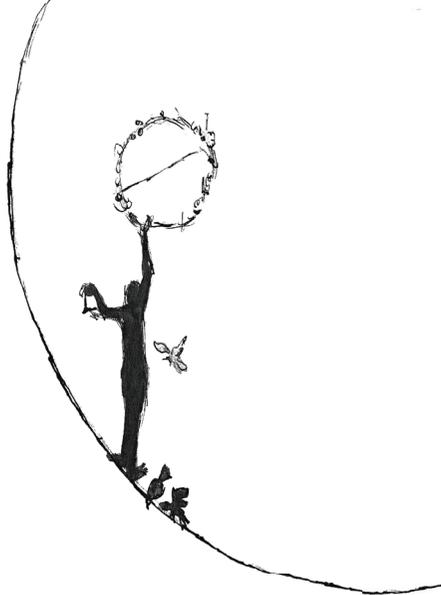
Traducción

Elkin Obregón

 **Norma**

www.normainfantilyjuvenil.com

Contenido



La llegada.....	9
Ventanas.....	31
Conversación telefónica.....	35
Quico soñaba mucho.....	49
El paseo.....	55
Clases particulares.....	59
Marcia y Marcelo.....	75
El barco.....	97
El robo.....	103
El regalo de cumpleaños.....	109
Tiempo de lluvia.....	131
Puertas nuevas.....	145

La llegada

Las dos venían caminando por la acera —la Mujer Barbuda y María. Cogidas de la mano. La Mujer Barbuda usaba falda, barba y un morral que explotaba de lleno; María, de pantalones de dril, un envoltorio bajo el brazo, cargaba al hombro un aro adornado con flores de papel, casi de su tamaño (no era cosa de extrañarse: ella tenía ya diez años pero era de talla menuda). Se detuvieron frente a un edificio. Barbuda dijo:

—Es aquí, ¿ves? 225 —miró hacia atrás—: ¡Foguiño! ¡Eh!

Foguiño estaba parado en la esquina sacando un conejo de la media: se entrenaba para ser mago. Hacía años que tragaba fuego en el circo, pero ahora se le revolvía el estómago cada vez

que engullía una llama; había días en que solo de mirar las antorchas que Barbuda le iba pasando, el estómago empezaba a dolerle.

—¡Mira, hice el truco de la media! —gritó. Agarró al conejo por las orejas y corrió hacia la puerta del edificio.

A Barbuda le hacía una gracia tremenda aquel hábito de Foguiño de ensayar magias en todas las esquinas; le dio un beso:

—Vas a ser el mejor mago del mundo. ¿No es así, María?

Pero María seguía inmóvil; apenas si apretó con más fuerza la mano de Barbuda. Foguiño trató de esconder a toda prisa el conejo en una manga de su chaqueta a cuadros: pensó que al portero de un edificio de lujo no le iba a gustar ver animales en la portería. Entraron al elevador.

—¿Cuál es el piso, María?

Pero fue Barbuda quien respondió:

—Noveno —miró a Foguiño; suspiraron.

Cuando el elevador se detuvo, oyeron ruidos de fiesta: niños cantando feliz cumpleaños, palmas, globos explotando, risas. A Barbuda le pareció extraño y vaciló antes de tocar la campanilla. Cuando un empleado abrió la puerta pudo verse, al fondo del corredor, una parte del salón con una mesa llena de dulces, globos flotando en el aire,

flores, papel de seda en el suelo y niños de todas las edades; había hasta cochecitos de bebé. También a Foguiño le pareció extraño, y preguntó al empleado:

—¿Es este el departamento de doña María Cecilia Mendonza de Melo?

Pues sí, lo era.

—Entonces haga el favor de avisarle que llegó su nieta.

Y en un segundo doña María Cecilia Mendonza de Melo apareció corriendo, sujetando la punta de la falda para no tropezar. Se inclinó y abrazó a María con fuerza:

—¡Mi muñeca!, qué nostalgia.

María entrecerró los ojos, como quien no quiere ver, y se encogió para dar menos lugar al abrazo.

Doña María Cecilia Mendonza de Melo se irguió y miró atentamente a Barbuda: nunca había visto una mujer con barba. Miró a Foguiño: de un vistazo no podía saber que comía fuego ni que tenía un conejo en la manga, pero de cualquier modo le pareció un tanto extraño. Vio que ellos no apartaban los ojos de la fiesta; explicó de prisa:

—Es Quico, que está de cumpleaños. Cinco años. Se encaprichó con la idea de la fiesta, no

pude negarme. Sabes cómo es un niño de cinco años, ¿verdad, María? Les encantan las fiestas de cumpleaños. Tú eres ya una jovencita y entiendes eso, ¿verdad?

María no respondió.

Doña María Cecilia Mendonza de Melo se compuso de prisa el cabello, sonrió de prisa:

—Quico vive en el interior, pero sus padres están viajando, y vino a pasar una temporada con nosotros. Es nieto de Pedro, ¿sabes, María? ¿Te acuerdas de Pedro?

María frunció la frente, sacudió la cabeza.

—Creo que Pedro y tú nunca se encontraron, no sé, no lo recuerdo bien. Estuvimos separados y... no, no, ya me acuerdo: en la época en que viviste conmigo, Pedro y yo estábamos separados, nunca lo viste —calló de repente. Miró a Barbuda—: ¿Por qué no me avisaron que llegaba hoy?

—Sucede que, como ya le expliqué a la señora por teléfono, yo, es decir, María, es decir, nosotros, pensamos que era mejor dejar pasar un tiempo y...

—Lo comprendí, lo comprendí muy bien, pero podía haberme dicho, vamos a llegar el día tal, a tal hora.

—Pero es que el circo está en gira, no sabíamos el día exacto en que llegaría a Río.

—Bien, eso ya no importa —se inclinó.

—Lo que importa es que llegaste, ¿no es así, mi muñeca? Pero déjame verte, no has crecido mucho en estos tres años. ¿Y la cara? Alza la cara, mi amor, mira a la abuela ¡Ah! Cambiaste. Cambiaste, sí. Te estás pareciendo tanto a... —dejó de hablar; se levantó—. ¿Pero qué hacemos aquí, en la puerta? Vamos entrando, vamos entrando. Deja tu paquete ahí, María. ¿Y la maleta? ¿Dónde está la maleta?

—Todas sus cosas están en el morral —dijo Barbuda.

—¿Todas?

—Todas.

Entraron. Doña María llamó:

—¡Quico! Ven a conocer a María, Quico. ¿Dónde está Quico?

María no soltó el paquete; ni el aro; ni la mano de Barbuda. Y a Barbuda le pareció entonces que debía seguir sujetando el morral. Y a Foguiño le pareció que debía recostarse discretamente en la pared. Y entonces Barbuda se recostó en Foguiño. Y María se recostó en Barbuda.

Alguien respondió que Quico estaba en el fondo de la casa y doña María Cecilia fue en su búsqueda. El bullicio de la sala fue desapareciendo; los niños no despegaban los ojos de la pared. Se

oyó un cuchicheo: “Mírale la barba. Mira esa chaqueta. ¿Para qué sirve aquella cosa con las flores?”.

Quico entró corriendo en la sala y jaló de inmediato la barba de Barbuda. Foguiño se echó a reír:

—¿Crees que la barba de mi mujer es postiza?

Los niños se acercaron; una niña preguntó:

—¿Es tu mujer?

—Sí.

—¿Y no te importa que tenga barba?

—Para nada; me parece estupendo. Ni me importa que tenga barba, ni a ella le importa que yo coma fuego.

Todos se horrorizaron: ¿Comía fuego? ¿De verdad?

—Unas llamas enormes.

Fue suficiente: nadie quería saber de otra cosa, ni de dulces, ni de pastel, ni de globos, todo quedó olvidado, solo querían ver a Foguiño tragando fuego. Él encendió un fósforo y se tragó la llama. Una pequeñez: estaba habituado a tragarse unos fuegos terribles, la llama de un fósforo no daba ni para sentirle el gusto. Les encantó. Le pidieron que tragara más. Tragó. Le pidieron más. Barbuda murmuró:

—¡Ya casi es hora de la función, Foguiño! Si empiezas a tragar desde ahora, tu estómago no va a aguantar.



Foguiño se disculpó con el grupo, y cuando Quico vio que el espectáculo había terminado, resolvió examinar el aro de María.

—¡Uh, qué pesado! ¿Para qué sirve? —cogió una flor.

María soltó la mano de Barbuda para impedir que Quico jalara la flor. Quico la jaló. Ella dijo en voz baja, preocupada:

—Cuidado. Se va a rasgar.

—¿Para qué sirve?

—Se está rasgando, cuidado.

Barbuda tomó la mano de Quico:

—No hagas eso, niño.

—¿Pero para qué sirve?

María respondió (siempre en voz baja), acomodando la flor:

—Me ayuda en la cuerda.

Nadie entendió la respuesta. Barbuda explicó:

—María trabaja con nosotros en el circo...

Doña María Cecilia Mendonza de Melo entró en ese momento en la sala, y al oír a Barbuda se apresuró a decir:

—Ya no trabaja más, ahora va a vivir aquí, conmigo, y solo va a estudiar y a jugar.

Quico no entendía: ¿cuál era aquel trabajo?

Barbuda contó entonces que María era equilibrista; hacía un número en el que se equilibraba